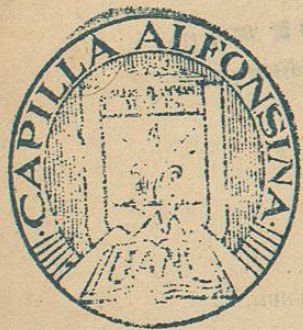


BX890

B3
v.4



Capilla Alfonsina
Universidad Nacional



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A NUESTROS SUSCRITORES

La enfermedad del Ilmo. Sr. Labastida impidió que nos diese á tiempo el sermón de la Santísima Virgen de Guadalupe, que predicó en la insigne Colegiata en representación de la Sagrada Mitra de Zamora, por cuyo motivo no pudo esta producción formar parte del tomo I de los Misterios de la Santísima Virgen, que consagramos entero á la Santa Virgen del Tepeyac. No por haberlo recibido fuera de tiempo debíamos privar á los suscritores del SERMONARIO de las bellezas que contiene este florido trabajo del que fué primado de la Iglesia mexicana; pero hoy sobre todo que la muerte nos lo ha arrebatado para siempre, queremos comenzar con él el tomo IV de esta obra, que le mereció una protección especial, pues la favoreció con algunos de sus trabajos literarios y tomando algunos ejemplares que repartía entre sacerdotes y estudiantes pobres. Hé aquí por qué la gratitud nos obliga á encabezar el tomo II de los Misterios de la Santísima Virgen con este sermón guadalupano, al que seguirá el que sobre el mismo asunto pronunció en el templo de Capuchinas el Sr. Prebendado de la Insigne Colegiata D. Fortino H. Vera y que mandó copiar de *El Heraldo* y repartir en un cuaderno separado el Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro, recomendando la lectura de él á sus diocesanos. A continuación seguirán los más notables que hemos recibido acerca de la Santísima Virgen.

El Editor.

008623

S E R M O N
DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE

PREDICADO
EN LA COLEGIATA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

POR EL

Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos

Arzobispo de Mexico

POR ENCARGO Y EN REPRESENTACION

DE LA SAGRADA MITRA DE ZAMORA

*Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini
mei ad me?*

¡Y de dónde á mí tanta dicha, que la Madre
de mi Señor venga á mí?

Lúcas, cap. I, v. 43.

¡Católicos amados hijos!

Esta pregunta que Isabel, madre del Bautista, pronunció hace muy cerca de diez y nueve siglos, é hizo resonar en su casa, apartada en las montañas de Judá, al ver que llegaba á ella con apresuramiento la Virgen Madre, manifiesta sin duda el gozo, la alegría inefable en que su bendita alma fué inundada y como extasiada con la presencia de su ilustre prima, elegida entre todas las mujeres para llevar en su seno al Redentor del mundo. Mas decidme, oyentes míos, fuera del sentido histórico que

dá el evangelio á esa pregunta ¿no tendrá otro más amplio, aplicable á todos los sucesos de la Iglesia, en que había de tomar parte la Virgen María en la dilatada carrera de los siglos? Si la visita de la familia sagrada á la familia de Zacarías es figurativa de las que la Reina de los Cielos había de dispensar á los mortales despues de su gloriosa asuncion, no cabe la menor duda de que en ella estaba proféticamente representada la aparicion de tan augusta Soberana, bajo la advocacion de Guadalupe y que tuvo lugar aquí, en la vecina montaña, como lo atestigua la historia más bien comprobada, el año 31 del siglo décimo sexto de la éra cristiana. Para creerlo así basta reflexionar que la Iglesia católica, inspirada por el Espíritu Santo, ha escogido y aplicado á esta solemnidad el pasaje del Evangelio que acabais de oír; y en el que se refiere minuciosamente la visita de la Madre del Mesías, á la madre del santo precursor.

¿No podré, pues, con sobrada razon trasladar hoy las palabras que me han servido de texto, de los labios de Isabel á los de todos los mexicanos, y repetir las en su nombre, aquí, en este augusto Santuario, y desde la cátedra de la verdad con todo el entusiasmo que excita en mi alma uno de los mayores prodigios? Sí, todos, henchidos del más puro regocijo podemos exclamar: ¿De dónde á nosotros tanta dicha? ¿Cómo! ¿la Madre del Señor viene á visitarnos, la Reina á los súbditos, la soberana del mundo á sus vasallos? *Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?*

No hay que dudarle, mis caros hijos, la Emperatriz de la gloria deja, no ya la humilde casa de Nazareth, sino el primer palacio del Universo, el primer trono, el primer templo. ¿Y para qué? No para atravesar los montes de Judá, sí, para posar sus plantas en el dichoso Tepeyac; no para presentarse en la casa de Zacarías y saludar á Isabel, sí para aparecerse en el camino y salir al encuentro á un humilde devoto suyo. ¿Y á qué fin? No para entonar el cántico de magnificencia al Omnipotente, porque

había hecho en su favor cosas grandes y maravillosas; sino para revelar á un pobre neófito su soberana voluntad, de que le erigiese un templo allí en el lugar del prodigio, de la misteriosa aparicion. ¿Y para qué? vuelvo á preguntar. ¡Ah cristianos! escuchadlo: para establecer entre nosotros su perpetua morada, y que su nombre sea glorificado todos los dias y por los siglos de los siglos. ¿Y para qué más? ¡Oh prodigio de amor, de compasion y de ternura! Para poner aquí, en este suelo, sus ojos y tambien su corazon: *Et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

Juan Diego, á quien podemos llamar legítimo representante de los primeros pobladores de este país, tuvo la dicha de ser el escogido para tan árdua mision, de recibir el primero á la Madre de Dios por madre suya, y de tributarle, á semejanza del discípulo amado, sus inocentes obsequios, los puros é inefables sentimientos de la más tierna gratitud. A ese indio sencillo y de limpio corazon puede aplicarse con bastante exactitud, lo que el evangelista San Juan dijo de sí mismo: *Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.* Si, desde aquel momento feliz, en que se aparece la Virgen inmaculada al nuevo discípulo amado, al dichosísimo Juan, éste la tiene por su augusta Reina y Madre misericordiosa, y le consagra los homenajes de su respeto y amor. A su turno los nuevos fieles, los recién convertidos, los hijos todos de la esposa inmaculada, hemos sido admitidos, hemos entrado en la posesion de Madre tan fecunda, y ella por su bondad nos ha acogido en su seno de inagotables misericordias. ¡Qué prodigio! vuelvo á exclamar, ¡qué compasion! ¡qué ternura!

Mas ¿hay un corazon que se dilate lo bastante para agradecer debidamente un beneficio tan singular? ¿Qué homenajes expresarán nuestro reconocimiento? ¡Ah, cristianos, las ideas, los sentimientos de compasion, de amor y de ternura que ocupan el alma de María hácia los hombres, y en especial hácia nosotros los mexicanos, me lle-

nan de pasmo y admiracion! Pero me avergüenzo, me confundo al contemplar los sentimientos de sumision, de gratitud y fiel correspondencia que debían llenar nuestro corazon é impelerlo de continuo hácia la Corredentora del humano linaje.

Cristianos, ¿comprendeis bien mi pensamiento? ¿Descubris ya la materia y el plan de mi discurso? Todo se contrae á dos puntos: las ideas y los sentimientos de María hácia los hombres, y especialmente hácia los mexicanos, al aparecerse para su conversion al catolicismo, en este nuevo mundo, serán el asunto de la primera parte. Las ideas y los sentimientos que los hombres y en especial los mexicanos debemos tener hácia María en su advocacion de Guadalupe, serán el objeto de la segunda parte. ¿Cómo un orador cristiano podría separar estos dos puntos? ¿Cómo decir lo que es María para con nosotros, sin decir lo que debemos ser nosotros para con María?

¡Oh, vosotros, á quienes especialmente se dirige este discurso, vosotros los que en nombre del Prelado y Diócesis de Zamora os presentais cada año en este agosto templo á tributar los homenajes de la fé viva de un pueblo eminentemente devoto de la Madre de Dios, en su advocacion de Guadalupe, si quereis desempeñar dignamente vuestra mision, escuchad con oído atento lo que os dice el Prelado de la primera Iglesia metropolitana, indigno, es cierto, pero que se gloria de haber visto la primera luz en aquella ciudad episcopal, y de ser hoy el intérprete de los sentimientos piadosos de sus paisanos, y de todos sus compatriotas hácia la bella y admirable imágen de Guadalupe. Sí, venid todos á ver el verdadero objeto de nuestros cultos; pero venid tambien á oír cuales son nuestros deberes, á cuyo cumplimiento tenemos que aspirar para ser realmente hijos de la Madre inmaculada. No consiste en la multitud de sus beneficios nuestra dicha, sino en agradecerlos debidamente: no está el mérito de nuestra devocion á María en contar sus admirables y sublimes virtudes, sí, en imitarlas hasta donde lo permita nuestra pequeñez.

Hé aquí el doble fin que me propongo: muy lejos de mí el tono frio de un razonador; el lenguaje vivo y elocuente del sentimiento debe brotar de mis labios y ser en esta vez el fiel intérprete de lo que pasa allá en lo íntimo del corazon.

¡Oh Espíritu divino, fuente de las ideas grandes y sublimes, á la par que centro de los sentimientos nobles, tiernos y amorosos: envía un rayo de luz á mis pensamientos, da fuerza á mis palabras y enciende mis afectos, no para alimentar la vana é inquieta curiosidad, sino para hacer un elogio de tu purísima Esposa, que no desdiga de la presente solemnidad y sirva para excitar en todos los que me escuchan, los sentimientos de la gratitud filial y del amor más ascendrado! ¡Comunica fuego al orador y convierte á los oyentes!

¡María, ruega por nosotros! alcánzanos esta doble gracia; y vosotros, cristianos, pedídsela con fervor, saludándola con el ángel llena de gracia.—AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO

LO QUE ES MARIA PARA CON NOSOTROS

La corrupcion en que vivimos, los peligros que por todas partes nos rodean, los lazos que nos tienden los enemigos implacables de nuestra eterna salud, nuestra propia debilidad, todo, todo nos convence hasta la evidencia, amados hijos, de la necesidad que tenemos á cada paso de los auxilios del cielo. ¿Cómo conseguirlos? En vano los esperamos si no nos vienen por las manos de María, úni-